

NECESIDAD DE LA EVALUACIÓN CONTEXTUAL DESDE UN ENFOQUE ECOLÓGICO DE LA ORIENTACIÓN

por

Daniel Anaya Nieto
U.N.E.D. Madrid

Los diseños de programas de intervención, todavía con demasiada frecuencia, sólo contemplan actuaciones sobre los sujetos en sí mismos considerados, quizás como consecuencia de partir de evaluaciones centradas exclusivamente sobre las variables personales, cuando hoy es generalmente aceptado que cualquier manifestación conductual es explicable desde la interacción de variables personales y ambientales.

En la actualidad, una de las características de la Orientación es su dimensión ecológica, surgida del impacto que sobre los fundamentos teóricos de la Orientación tienen los enfoques interactivos propuestos como alternativa al personalismo y al situacionalismo en la explicación de la conducta del sujeto. Frente a los enfoques personalistas, que intentan dar una explicación del comportamiento en base sólo a variables intrapsíquicas, y frente a las posturas situacionales, que focalizan la atención únicamente sobre las variables ambientales, extraindividuales, el interaccionismo plantea la explicación de la conducta humana desde la continua interdependencia e interacción entre las variables personales y las variables ambientales (Brofenbrenner, 1977; Dunlap, 1980; Jiménez Burillo, 1981; Magnusson, 1981; Moos, 1976, 1979).

Esta dimensión ecológica de la orientación exige en el plano de la evaluación el tener en cuenta no sólo al sujeto en sí mismo considerado sino en relación con su contexto. Actualmente disponemos de modelos interactivos persona-ambiente propuestos tanto desde enfoques conductuales (Bandura, 1974, 1978; Staats, 1980, 1981) como desde enfoques no conductuales (Brofenbrenner, 1977; Gibbs, 1979) y hoy día parece suficientemente probado que la evaluación de un individuo debe realizarse teniendo en cuenta no sólo las variables personales sino también las transacciones que éste establece con su medio ambiente.

Algunos pudieran aducir a problemas técnicos para llevar esto último a cabo. No obstante, el orientador dispone actualmente de algunos dispositivos de evaluación del sujeto en su contexto, cuya eficacia ha sido ampliamente contrastada en numerosas aplicaciones.

En el ámbito de la evaluación del clima social citaremos las Escalas de Clima Social de Moos (1974) y ello por dos motivos: por estar Moos considerado como el autor más relevante en la evaluación de las características psicosociales de los grupos, y por el gran número de trabajos empíricos ya realizados con el empleo de dichas escalas, que proveen de abundantes datos que apoyan una fiabilidad y validez aceptables. Son ocho escalas que evalúan las dimensiones de otros tantos tipos de ambiente: Escala de Ambiente escolar (CES), escala de Ambiente Familiar (FES), Ambiente de Grupo (GES), Ambiente Laboral (WES), Ambiente Comunitario (COPEs), Ambiente de Instituciones Correccionales (CIES) y de Atmósfera de Pabellones Psiquiátricos (WAS). Cada una de estas escalas evalúa las cuatro dimensiones de clima social que se ha constatado existen en cualquier tipo de ambiente: la dimensión relacional, que se refiere a la intensidad y naturaleza de las relaciones interpersonales que ocurren en un ambiente, la dimensión de desarrollo personal, referida al intento de cambio positivo favorecido por un grupo, la dimensión del sistema de mantenimiento, referida a la Perpetuación de las características, normas y naturaleza del grupo, y la dimensión del sistema de cambio, referida a la capacidad de innovación, creatividad y dinámica evolutiva del grupo.

Por otra parte, en el campo de las relaciones sociales, el orientador cuenta con algunos instrumentos para la evaluación del apoyo social, bien desde el análisis de las redes sociales —recordemos que el concepto de red social hace referencia a características estructurales existentes en las relaciones sociales, tales como el tamaño, densidad, homogeneidad, etc.,— bien desde la percepción que del mismo tiene el propio sujeto.

Entre las primeras, y en razón de sus características técnicas, citaremos la Escala de Relaciones Sociales de McFarlane y colaboradores (1981), que proporciona información sobre el número de individuos integrantes en la red social y el relativo a cada una de las seis áreas evaluadas —hogar y familia, trabajo, dinero y finanzas, salud personal, asuntos personales sociales y otras áreas generales—, así como índices de calidad de apoyo tales como medidas de reciprocidad y valoración del grado de apoyo obtenido; el Cuestionario de Apoyo Social de Norbeck, Lindsey y Carrieri (1983), que nos ofrece medidas referentes a tres variables de apoyo social cuales son la ayuda, la afirmación y el afecto, así como relativos al tamaño de la red social del sujeto, la frecuencia y la duración de las relaciones; la Entrevista de Apoyo Social de Barrera (1980), que facilita información referente al tamaño total de la red social del sujeto, al tamaño conflictivo de la red —esto es, conjunto de interacciones personales negativas—, al grado de satisfacción con el apoyo y a la necesidad de éste por parte del sujeto evaluado.

Entre las segundas, mencionaremos la escala de Apoyo Social Percibido de Procidano y Heller (1983), que nos proporciona indicadores del apoyo percibido por

el sujeto en su relación con los amigos y la familia, y el Cuestionario de Apoyo Social de Sarason y colaboradores (1983), que facilita información acerca del número de personas proveedoras de apoyo de las que el sujeto cree disponer para resolver distintas situaciones problemáticas y acerca del nivel de satisfacción con cada uno de los proveedores de apoyo.

Otra herramienta disponible para el estudio del sujeto en su contexto son los mapas conductuales, que se utilizan en el estudio de las mutuas influencias entre el contexto y el comportamiento. Básicamente son descripciones de la conducta de los sujetos que habitan en un determinado ambiente, por lo general, mediante matrices en las que las conductas están expresadas en las columnas y las situaciones en las filas.

Para su ejecución se seleccionan las situaciones que van a ser analizadas, se organizan y definen las unidades de conducta que van a ser observadas, de modo que constituyan una muestra representativa de las conductas posibles en las situaciones seleccionadas —para la taxonomía, identificación y codificación de tales segmentos de conducta se dispone de la técnica de formatos de campo—, y se muestrea el tiempo y los sujetos que van a ser objeto de observación.

Los fundamentos de esta metodología, así como ejemplos de su utilización en distintas situaciones y aplicaciones, pueden verse en Prohansky, Ittelson y Rivlin (1978), Anguera (1985) y Riba (1985), entre otros muchos trabajos que ponen de manifiesto que se trata de una técnica de considerable fiabilidad y validez y con enormes posibilidades de futuro en multitud de aplicaciones.

Otros procedimientos evalúan las interacciones del sujeto y su contexto mediante la percepción subjetiva que el propio sujeto tienen de tales transacciones. En esta categoría se encuadran instrumentos como la Escala de Actitudes y Conocimientos Ecológicos (Maloney y Ward, 1973; Maloney, Ward y Brancht, 1975), que trata de evaluar las actitudes de las personas hacia el medio ambiente, los mapas cognitivos, ampliamente utilizados ya en otros ámbitos de la metacognición, que nos permite saber cómo cada sujeto se puede representar a sí mismo el ambiente que le rodea, su lugar en el contexto y sus interacciones con los demás elementos del ambiente (Downs y Stea, 1973), la técnica Q (Block, 1981) y las listas de adjetivos (Craik, 1981), entre otros.

El orientador también cuenta con otros instrumentos en los ámbitos de la evaluación de los sucesos vitales y situaciones conflictivas, de los impactos ambientales y de otras manifestaciones de la interacción individuo-medio, cuya sola enumeración aquí rebasaría los límites de esta comunicación, cuyo objetivo principal ha sido el de tomar conciencia de la necesidad de evaluar al sujeto en su contexto, como exigencia de la dimensión ecológica que la Orientación tiene hoy en día, y de asomarnos a las posibilidades actuales de cumplir con este imperativo.

REFERENCIAS

ANGUERA, M. T. (1985): *Metodología de la observación en las ciencias humanas*, Cátedra, Madrid.

- BANDURA, A. (1974): Behavior theory and the models of man. *American Psychologist*, 29: 859-869.
- BANDURA, A. (1978): The self system in reciprocal determinism. *American Psychologist*, 33: 344-358.
- BARRERA, M. Jr. (1980): Social support in the adjustment of pregnant adolescent: Assessment issues, En B. Gottlieb (ed.) *Social Network and Social Support*, Sage Pub., Beberly Hills, Calif.
- BLOCK, J. (1981): Studying situational dimensions. En D. Magnusson (ed.) *Toward a psychology of situations. An interactive perspective*, Lawrence Erlbaum Ass., N. Jersey.
- BROFENBRENNER, V. (1977): Toward and experimental ecology of human development. *American Psychologist*, 32: 513-531.
- CRAIK, K. H. (1981): Environment assessment and situational analysis, En D. Magnusson (ed.) *Toward a psychology of situations. An interactive perspective*, Lawrence Erlbaum Ass., New Jersey.
- DOWNS, R. M. y STEA, D. (1973): *Image and environment*, Aldine, Chicago.
- GIBBS, J. C. (1979): The meaning of ecological oriented inquiry in contemporary psychology. *American Psychology*, 34: 127-140.
- JIMÉNEZ BURILLO, F. (1981): *Psicología y medio ambiente*, CEOTMA, Madrid.
- MAGNUSSON, D. (1981): *Toward a psychology of situations. An interactional perspective*. Lawrence Erlbaum, Ass., Hillsdale, New Jersey.
- MALONEY, M. P. y WARD, M. P. (1973): Ecology: Let's hear from the people. *American Psychologist*, 30: 787-790.
- MALONEY, M. P.; WARD, M. P. y BRANCHT, G. N. (1975): A revised scale for the measurement of ecological attitudes and knowledge. *American Psychologist*, 30: 787-790.
- McFARLANE, A. H. et al. (1981): Methodological issues in developing a scale to measure social support. *Schizophrenia Bulletin*, 7: 90-100.
- MOOS, R. H. (1974): *The social climate scales: An overview*. Consulting Psychologist Press, Palo Alto, Calif.
- MOOS, R. H. (1976): *The human context. Environment determinants of behavior*. Wiley. New York.
- MOOS, R. H. (1979): *Evaluating educational environments*. Jossey-Bass. San Francisco, Calif.
- NORBECK, J. S.; LINDEY, A. M. y CARRIERI, V. I. (1983): Further development of the Norbeck Social Support Questionnaire: Normative data and validity testing. *Nursing Research*, 32: 4-9.
- PROHANSKY, H.; ITTELSON, W. H. y RIVLIN, L. G. (1978): *Psicología ambiental*. Trillas. México.
- PROLIDANO, M. E. y HELLER, K. (1983): Measures of perceived social support from friends and family. Three validation studies. *American Journal of Community Psychology*, 11: 1-24.
- RIBA, C. (1985): Conocimiento del entorno y conducta en el entorno. En F. Hernández, A. Remesar y C. Riba (ed.) *En torno al entorno* Ells Llibres de Glanco. Barcelona.
- SARASON, I. G. et al. (1983): Assessing social support: The Social Support Questionnaire, *Journal of Personality and Social Psychology*, 44: 127-189.
- STAATS, A. W. (1980): Behavioral interaction and interactional psychology theories of personality. *British Journal of Psychology*, 71: 205-220.